



## CAPÍTULO X.

Cuidados que por el pronto inquietaron al conde-duque: síguese á ellos un dichoso sosiego: método de vida que entabló en su retiro.



A condesa de Olivares dejó ir á su marido á Loeches, y permaneció algunos dias mas en la corte, con el objeto de tentar si por medio de súplicas y lágrimas podria hacer que volvieran á llamarle. Pero á pesar de haberse echado á los piés de SS. MM., el rey no hizo aprecio de sus exposiciones, aunque preparadas con arte; y la reina, que la aborrecia de muerte, se complacia en verla llorar. No por eso se acobardó la esposa del ministro desgraciado: abatióse hasta el punto de implorar la proteccion de las damas de la reina; pero el fruto que recogió de sus bajezas fué conocer que escitaban el desprecio mas bien que la compasion. Desconsolada de haber dado tantos pasos degradantes, se fué á reunir con su esposo para lamentarse con él de la pérdida de un empleo, que, bajo un reinado como el de aquel monarca, puede decirse que era el primero de la monarquía.

La relacion que hizo la condesa del estado en que habia dejado las cosas en Madrid, aumentó extraordinariamente la afliccion del conde-duque.—Vuestros enemigos, le dijo llorando, el duque de Medinaceli y los otros grandes que os aborrecen, no cesan de alabar al rey por la resolucion de haberos separado del ministerio; y el pueblo celebra con insolencia vuestra desgracia, como si el fin de todas las que experimenta el estado dependiese del de vuestra administracion.—Señora, le respondió mi amo, imitad mi ejemplo: llevad con resignacion vuestros pesares,



porque es preciso ceder á la borrasca que no se puede disipar. Creía yo, es verdad, que podria perpetuar mi valimiento mientras me durase la vida, ilusion ordinaria en los ministros y privados, los cuales se olvidan por lo comun de que su suerte depende de la voluntad del soberano. El duque de Lerma ¿no se engañó, igualmente que yo, aunque estaba persuadido de que la púrpura con que se hallaba revestido, era un seguro garante de la perpetua duracion de su autoridad?

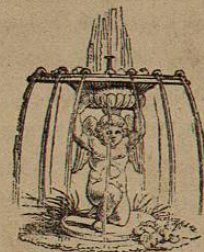
De este modo eshortaba el conde-duque á su esposa á armarse de paciencia, miéntras él mismo se hallaba en una agitacion que se renovaba diariamente con las cartas que recibia de Don Enrique, el cual, habiendo permanecido en la corte para observar cuanto allí pasaba, cuidaba de informarle de todo puntualmente. El portador de estas cartas era Escipion, que se habia quedado en casa del hijo adoptivo de S. E., de la cual habia salido yo inmediatamente despues de su matrimonio con Doña Juana. Las cartas venian siempre llenas de noticias poco gustosas, y lo peor era que en las circunstancias no se podian esperar otras. Decia en unas que, no contentos los grandes con celebrar públicamente la caida del conde-duque, hacian cuanto podian, para que todas sus hechuras fuesen removidas de los empleos que ocupaban, y reemplazadas por sus enemigos. Avisaba en otras que iba adquiriendo favor Don Luis de Haro, quien segun todas las señales, seria nombrado primer ministro. Pero entre todas las noticias que desazonaban á mi amo, la que mas le llegó al alma, fué la mutacion que se hizo en el vireinato de Nápoles, que la corte únicamente por desairarle quitó al duque de Medina de las Torres á quien él apreciaba, para dárselo al almirante de Castilla, á quien siempre habia aborrecido.

Puede decirse que en el espacio de tres meses todo fué disgustos y desasosiego para el conde-duque; pero su confesor, que era un religioso dominico tan ejemplar como elocuente, halló modo de consolarle: á fuerza de representarle con energía que ya no debia pensar mas que en su salvacion, logró, con el auxilio de la divina gracia, la dicha de desprender su ánimo de la corte. S. E. no quiso ya saber nada de Madrid, ni pensar mas que en disponerse para una buena muerte. La condesa, desengañada tambien, y aprovechándose de la oportunidad que le ofrecia aquel retiro, halló en el convento de religiosas que habia fundado, todo el consuelo que podia desear, preparado por la Divina Providencia. Hubo entre aquellas religiosas algunas de singular virtud, cuyos tiernos coloquios convirtieron insensiblemente en dulcedumbre los sinsabores de su vida.

Al paso que mi amo apartaba de su pensamiento los negocios del mundo, se quedaba mas tranquilo. Entabló un nuevo método de vida, y

una distribucion de horas de la manera siguiente. Pasaba casi toda la mañana en la iglesia de las monjas oyendo misas, iba en seguida á comer, y despues se divertia por espacio de dos horas á varios juegos conmigo y otros criados de su mayor confianza: luego se retiraba por lo regular á su despacho, donde se estaba hasta puesto el sol. Entonces salia á dar un paseo por el jardin, ó tomaba el coche, y daba una vuelta por las cercanías del lugar, acompañado siempre de su confesor ó de mí.

Un dia que íbamos solos, y que yo admiraba la serenidad que brillaba en su semblante, me tomé la licencia de decirle:—Señor, permítame V. E. que le manifieste mi regocijo: al ver el aire de satisfaccion que V. E. muestra, juzgo que principia á familiarizarse con la soledad.—Ya estoy del todo familiarizado, me respondió, y aunque hace mucho tiempo que estoy habituado á ocuparme en los negocios, te protesto, hijo mio, que cada dia cobro mas aficion á la vida gustosa y pacífica que aquí disfruto.







## CAPÍTULO XI.

El conde-duque se pone repentinamente triste y pensativo: motivo extraordinario de su tristeza, y resultado fatal que tuvo.



U Escelencia, para variar sus ocupaciones, se entretenia tambien algunas veces en cultivar su jardin. Un dia que yo le estaba viendo trabajar, me dijo en tono festivo:—Aquí tienes, Santillana, á un ministro desterrado de la corte, convertido en jardinero en Loeches.—Señor, le respondí en el mismo tono, me parece que estoy viendo á Dionisio Siracusano, enseñando á leer y escribir á los niños de Corinto despues de haber dictado leyes en Sicilia. Sonrióse un poco mi amo de mi respuesta, y mostró que no le desagradaba la comparacion.

Toda la familia estaba contentísima y admirada de ver al conde tan superior á su desgracia, rebotando de gozo en una vida tan diferente de la que habia tenido hasta allí, cuando advertimos en él una repentina mudanza que iba creciendo visiblemente, y nos causó grandísimo dolor. Vímosle taciturno, pensativo y sepultado en una profunda melancolía. Dejó todo pasatiempo, y ninguna impresion le hacia cuanto discurriamos para divertirle. Así que acababa de comer se encerraba en su cuarto, donde permanecia solo hasta la noche. Pareciónos que aquella tristeza podria nacer de acordarse de la grandeza pasada, y en esta inteligencia le dejábamos á solas con el padre dominico; pero su elocuencia tampoco pudo vencer la melancolía del duque, la cual, en vez de disminuirse, cada dia se iba aumentando.

Ocurrióme que la tristeza del ministro podia proceder de algun motivo ó disgusto reservado que no queria manifestar, lo cual me hizo formar el designio de arrancarle su secreto: para conseguirlo, aguardé el momento de hablarle sin testigos, y habiéndolo hallado:—Señor, le dije

con aire mezclado de respeto y de cariño, ¿será permitido á Gil Blas atreverse á hacer una pregunta á su amo?—Pregunta lo que gustes, me respondió, que yo te lo permito.—¿Qué se ha hecho, repliqué, aquella alegría que se notaba en el semblante de V. E.? ¿Habrá perdido ya V. E. aquel ascendiente que tenia sobre la fortuna? ¿Será acaso posible que la pérdida del favor escite nuevas inquietudes en V. E.? ¿Querrá V. E. volver á sumergirse en aquel abismo de amarguras de que su virtud le habia libertado?—No, gracias al cielo, respondió el ministro, ya no me atormenta la memoria del gran papel que representé en el teatro de la corte; y olvidé para siempre todos los obsequios que allí se me tributaron.—Pues señor, le repliqué, ¿si V. E. ha podido desechár de sí todas esas memorias, por qué se deja dominar de una melancolía que á todos nos affige? ¿Qué tiene V. E.? mi querido amo, prorumpí arrojándome á sus piés: ¿V. E. tiene algun secreto pesar que le devora? ¿Querrá V. E. hacer un misterio de ello á Santillana, cuya reserva, celo y fidelidad tiene tan conocidos? ¿Qué delito es el mio para haber desmerecido su antigua confianza?—La posees todavia, me dijo S. E.; pero confieso que me cuesta mucha repugnancia revelarte el motivo de la tristeza en que me ves sepultado: sin embargo, no puedo negarme á las instancias de un criado y de un amigo como tú: sabe, pues, el motivo de mi pena: solo Santillana me podria merecer que le hiciese semejante confesion. Si continuó, me domina una negra melancolía que poco á poco me va acortando los dias de la vida. Casi á cada instante estoy viendo un espectro que se pone delante de mí bajo una forma espantosa. Trabajo en vano por persuadirme á mí mismo de que es una mera ilusion, una fantasma que nada tiene de realidad: sus continuas apariciones me turban y trastornan. Y si tengo la cabeza bastante fuerte para vivir persuadido de que viendo á este espectro nada veo, soy tambien bastante débil para afligirme con esta vision. Mira lo que me has obligado á que te confiese, añadió: juzga ahora si me sobraba razon para ocultar á todos el verdadero motivo de mi melancolía.

Oí con tanto dolor como admiracion una cosa tan extraordinaria, y que suponía que su máquina se iba desorganizando.—Señor, dije al ministro, ¿quién sabe si eso procede del escaso alimento que toma V. E.? porque su sobriedad es excesiva.—Eso mismo pensé yo al principio, me respondió, y para experimentar si debía atribuirlo á la dieta, cómo, hace algunos dias, mas de lo ordinario; pero todo es inútil, porque la fantasma no desaparece.—Ella desaparecerá, le repliqué para consolarle, y si V. E. quisiera distraerse un poco volviendo á entretenerse en el juego con sus fieles criados, me persuado de que no tardaria en verse libre de esos negros vapores.



Pocos dias despues de esta conversacion cayó S. E. enfermo, y conociendo él mismo que el mal se haria de cuidado, envió á buscar á Madrid dos escribanos para disponer su testamento; é hizo venir tambien tres célebres médicos, que tenian la fama de curar algunas veces sus enfermos. Luego que se divulgó por el palacio la llegada de estos últimos, no se oyeron en él mas que lamentos y gemidos, mirando todos como muy cercana la muerte del amo: tan imbuidos estaban contra tales profesores. Habian estos llevado consigo un boticario y un cirujano, ejecutores ordinarios de sus órdenes; y dejando primero á los escribanos hacer su oficio, entraron en seguida ellos á desempeñar el suyo. Como seguian los principios del doctor Sangredo, recetaron desde la primera consulta sangrías sobre sangrías; de manera que al cabo de seis dias redujeron á los últimos al conde-duque, y al séptimo le libraron de su vision.

La muerte del ministro ocasionó en todo el palacio de Loeches un agudo y sincero dolor. Sus criados le lloraron amargamente, y lejos de consolarse de su pérdida con la memoria que hizo de todos en su testamento, no habia siquiera uno que no hubiera renunciado gustoso el legado que le tocaba por restituirle á la vida. Yo, que era el mas querido de S. E., y que me habia aficionado á él por pura inclinacion hácia su persona, sentí aun mas que los otros su fallecimiento: dudo que Antonia me haya costado mas lágrimas que el conde-duque.



## CAPITULO XII.

Lo que pasó en el Palacio de Loeches despues de la muerte del conde-duque, y partido que tomó Santillana.



On arreglo á la voluntad del ministro, fué sepultado su cadáver en el convento de las religiosas, sin pompa ni ostentacion, acompañado de nuestros lamentos. Despues de los funerales, la condesa de Olivares nos hizo leer el testamento, del cual toda la familia tuvo motivo para quedar contenta. Á cada uno dejó el difunto una manda correspondiente al empleo que tenia, siendo la menor de dos mil escudos: la mia fué la mayor de todas; S. E. me dejó diez mil doblones en prueba del singular afecto que me habia profesado. No se olvidó de los hospitales, y fundó aniversarios en muchos conventos.

La condesa de Olivares envió á Madrid á todos los criados, para que cada uno cobrase su manda de su mayordomo Don Ramon Caporis que tenia orden de entregársela; pero yo no pude ir con ellos, porque una fuerte calentura, efecto de mi aficcion, me detuvo en el palacio siete ú ocho dias. No me abandonó en todo ese tiempo el padre dominico; porque este buen religioso me habia tomado inclinacion, é interesándose en mi salud me preguntó, luego que me vió restablecido, qué pensaba hacer de mí.—No sé todavía, mi reverendo padre, lo que haré, le respondí; porque en este punto no estoy aun de acuerdo conmigo mismo. Algunos momentos estoy tentado á encerrarme en una celda para hacer penitencia.—¡Momentos preciosos! exclamó el religioso, Señor Santillana, ¡y qué bien haria vd. en aprovecharse de ellos! Aconséjole como amigo que, sin dejar de ser seglar, se retire para siempre á algun convento, en donde por medio de algunas donaciones piadosas de sus bienes, pueda espiar los estravíos de una vida mundana, á ejemplo de muchas personas que han terminado así su carrera.

En la disposicion en que me hallaba, no me incomodó el consejo del religioso; y respondí á su reverencia que me tomaria tiempo para reflexionarlo. Pero habiendo consultado sobre el particular á Escipion, á quien ví en un momento despues que al padre, se opuso á este pensamiento, que le pareció un delirio.—Es posible, Señor de Santillana, me dijo, que vd. se incline á semejante retiro? ¿Pues no tiene en su quinta de Liria otro mas agradable? Si en otro tiempo quedó tan enamorado de él, con mayor razon le agradecerá ahora que se halla en edad mas adecuada



para dejarse embelesar de las bellezas y atractivos de la naturaleza.

Poco trabajo le costó al hijo de la Coscolina hacerme mudar de opinion.—Amigo mio, le dije, mas puedes tú que el padre dominico. Veo con efecto que me será mejor volver á mi quinta, y á ello me decido. Volverémonos á Liria luego que mi salud me permita ponerme en camino, lo que no puede tardar mucho, pues ya estoy sin calentura, y en breve tiempo espero recobrarne del todo. Fuímonos Escipion y yo á Madrid, cuya vista no me alegró tanto como me alegraba en otro tiempo. Sabiendo que era casi universal el horror con que se oía el nombre de un ministro cuya memoria me era tan apreciable, no podia mirar esta villa con buen semblante, y así solo me detuve en ella cinco ó seis dias que necesitó Escipion para disponer lo necesario á nuestra salida para Liria. Mientras él cuidaba de esto, yo me fuí á ver con Caporis, que al punto me entregó mi legado en doblones efectivos. Lo mismo hice con los depositarios de las encomiendas sobre las cuales yo tenia mis pensiones; concerté con ellos el modo de librarme los pagos; en una palabra, dejé arreglados todos mis asuntos.

El dia antes de partir pregunté al hijo de la Coscolina si se habia despedido de don Enrique.—Sí, señor, me respondió, y ambos nos hemos separado esta mañana amistosamente: no obstante, él me ha asegurado que sentia le dejase; pero si él estaba contento conmigo, yo no lo estaba con él: no basta que el criado agrade al amo; es menester tambien que el amo agrade al criado; de otra manera se avienen mal: fuera de que, añadió, Don Enrique no hace sino un triste papel en la corte. Se le mira en ella con el mayor desprecio; en las calles todos le señalan con el dedo, y ninguno le llama mas que *el hijo de la genovesa*. Vea vd. ahora si para un mozo de honra seria cosa de gusto servir á un amo desacreditado.

Salimos por último de Madrid al amanecer, y tomamos el camino de Cuenca. Iba ordenado el equipage de la manera siguiente: mi confidente y yo íbamos en una calesa de dos mulas conducidas por un calesero; seguian tres machos cargados de ropa y dinero guiados por dos mozos de mulas; tras de estos venian dos robustos lacayos escogidos por Escipion, montados sobre dos mulas y completamente armados. Los mozos llevaban por su parte sables, y el calesero un par de pistolas en el arzon de la silla. Como éramos siete hombres, y los seis de mucho valor y gran resolucion, me puse en camino alegremente y sin el menor recelo de que me robasen mi herencia. Al pasar por los pueblos se gallardaban nuestros machos y mulas haciendo resonar sus campanillas; y los paisanos se asomaban á las puertas para ver pasar nuestro acompañamiento, que les parecia, cuando menos, el de algun grande que iba á tomar posesion de un vireinato.



## CAPÍTULO XIII.

Vuelve Gil Blas á su quinta: tiene el gusto de encontrar ya casadera á su ahijada Serafina; y él mismo se enamora de una señorita.



QUINCE dias tardé hasta Liria, porque no habia precision de acelerar las jornadas: solamente deseaba llegar con salud y descansado, lo que efectivamente conseguí. La primera vista de mi quinta me causó algunos pensamientos tristes, acordándome de mi Antonia; pero luego procuré desecharlos, divirtiendo la imaginacion á cosas que me gustasen, lo que no fué difícil, porque al cabo de veinte y cinco años que habian pasado desde su muerte, estaba ya muy mitigado el dolor de aquella pérdida.

Al punto que entré en la quinta, vinieron presurosas á saludarme Beatriz y su hija Serafina: despues de esto el padre, la madre y la hija se llenaron de abrazos con tantas demostraciones de alegría que me encantaron. Luego que se desahogaron fijé la atencion en mi ahijada, y dije:—¿Es posible que sea esta aquella Serafina que yo dejé en la cuna cuando me ausenté de Liria! Pasmado estoy de verla tan bella y tan crecida. Es menester que pensemos en casarla.—¿Cómo así? querido padrino, exclamó mi ahijada sonrosándose un poco al oír mis últimas palabras, ¿no bien me ha visto vd. cuando ya piensa en separarme de sí?—No, hija mia, le respondí, no pretendemos separarte de nosotros dándote marido: queremos que el que te busque consienta en vivir con nosotros.

—Uno que tiene esa circunstancia, dijo entonces Beatriz, pretende á la niña. Cierta hidalgo de un lugar inmediato vió á Serafina un dia en misa en la iglesia del lugar, y quedó muy prendado de ella. Vino despues á verme, declaróme su intencion, y pidió mi consentimiento. Poco adelantaria vd., le respondí, aunque yo se le concediera: Serafina depende de su padre y de su padrino, que son los únicos que pueden disponer de su mano. Lo mas que puedo hacer por vd. es escribirles para informarles de su solicitud honrosa para mi hija. Con efecto, señores, prosiguió ella, esto iba á escribir á ustedes; mas ya que se hallan aquí, harán lo que mejor les parezca.